

éxito merced a la firma prestigiosa y honesta. Cada grupo de inútiles se forma un estado mayor que disculpe sus pretenciones de gobernar al país, desahogando su vanidad o su piratería bajo pretexto de sostener ideales e intereses de partido. Por cada Clemenceau hay más de cien insignificantes.

Aparte esas excepciones, que las hay en Francia como en todas partes, la masa de los «elegidos del pueblo» suele ser subalterna y profesional. Esta mayoría mediocre puede clasificarse en tres grupos: vanidosos, deshonestos y serviles.

Los vanidosos derrochan su fortuna por conseguir una butaca en el parlamento. Ya es un rico terrateniente o un poderoso industrial que paga a peso de oro los votos coleccionados por un mercachifle electoral, cuya eficacia guarda proporción con su inconducta; ya es un advenedizo que gasta la fortuna de su mujer en comprarse el diploma de congresal, único accesible a su mentalidad amorfa; ya es el asno enriquecido que aspira a ser dirigente de la política sin más capital que su constancia y sus millones. Estos vanidosos necesitan ser alguien y lo consiguen negociando el doctorado en política. De otro modo serían simples «hombres que no existen».

Los deshonestos son legión; toman por asalto el parlamento a fin de entregarse a toda clase de especulaciones lucrativas. Venden su voto a empresas que muerden el presupuesto; apoyan proyectos de grandes negocios con el Estado, cobrando sus discursos a tanto por minuto; pagan con empleos y dádivas oficiales a sus electores; comercian al menudeo su posición parla-

mentaria para obtener pequeñas concesiones en favor de su clientela. Su gestión política suele ser tranquila: un hombre de negocios está siempre con la mayoría y apoya a todos los gobiernos.

Los serviles merodean por los congresos en virtud de la flexibilidad de sus espinazos. Lacayos de un grande hombre, no osan discutir su jefatura; el amo no les pide talento, elocuencia o probidad, pues le basta con la certeza de su panurgismo. Viven de luz ajena, satélites sin calor y sin pensamiento, uncidos al carro de su caudillo, dispuestos siempre a batir palmas cuando él habla y a ponerse de pie llegada la hora de una votación.

Fuera de esas tres categorías sólo se observan casos aislados de talento y de carácter, soñadores de algún apostolado o representantes de fanatismos colectivos. Es de inocentes creer que el verdadero mérito abre las puertas del parlamento. Un médico francés nos refirió que había resuelto dedicarse a la política.

—¿Estudia mucho?, le preguntamos.

—¿Qué?

—Le supongo consagrado a la Economía Política, a la Sociología, al Derecho Constitucional, a las Finanzas, a la Historia, al Derecho Internacional...

—No, nada de eso, repuso sonriendo.

—¿Entonces?

—Visito diariamente al jefe de mi partido y ya me ha invitado tres veces a almorzar... Pronto seré diputado.

JOSÉ INGEGNIEROS

De *Al margen de la ciencia*, «Un día de elecciones en París», pág. 391-395.

Desconfiad de las tutelas extrañas, de las protecciones y máscaras filantrópicas. Todo redentor que no seáis vosotros mismos, os costará caro. «Sólo es digno de la libertad y de la vida el que cada día sabe conquistarlas», ha dicho el poeta. No es lo peor que no sea digno de ellas quien no las conquista por su propio y constante esfuerzo, sino que jamás llegará a obtenerlas de otro modo. La vida prestada, no es vida; y aun en lo que tiene apariencia de vida, su precio es la libertad.

RAFAEL ALTAMIRA

«España en América», pág. 170.